

una horrible detonacion hizo estremecer y saltar al buque inglés.

Los navíos ingleses tenian el pañol de la pólvora en la proa; el último cañonazo habia despedido una chispa que habia comunicado el fuego á las chilleras, y estas al pañol de la pólvora, y todo instantáneamente, y el navío inglés fué envuelto por la parte de la proa en un remolino de llamas.

Binkes habia perecido en aquella catástrofe, lo mismo que todos los que le seguian y cuantos estaban por la parte de proa, y solo Morgan y treinta ingleses se escaparon en la popa, lanzándose al mar.

Pasado el primer momento de estupor, todos los navíos botaron sus lanchas para salvar á los que nadaban, y Don Enrique, ayudado del marinero inglés, fué el primero que recibió á muchos de aquellos desgraciados.

—Fío en vuestro secreto sobre lo que ha pasado en el navío «Almirante»—dijo Don Enrique al marinero inglés.

—Dios no quiere que se sepa—contestó el otro—porque ha callado á los que debian contarle; yo acataré la voluntad de Dios y no diré nada.

—¿Palabra de marino?

—Os la doy.

Y Morgan volvió á su navío, sin penetrar cuál era la sorpresa que le preparaba su infortunado amigo.

Doña Marina, que nada sabia, temblaba á cada ruido que escuchaba, y creia ver entrar al furioso almirante.

## XVI.

### El brulote.

EL siniestro acontecimiento del navío inglés causó en el ánimo del almirante y de todos los suyos tan penosa impresion, que solo en él pensaron durante muchos dias, y Doña Marina alcanzó una tregua en sus padecimientos.

Morgan se dirigió con su armada á la Tierra-Firme, y pareció no pensar en la jóven, que seguia prisionera en el navío «Almirante.»

Las naves de Morgan llegaron á un punto de la costa en donde se pudo efectuar un desembarco oculto, y los piratas se dirigieron á Maracaibo.

Las naves quedaron custodiadas por pocos hombres, y á ellos encomendada tambien la custodia de la desgraciada Marina.

El almirante tenia un carácter impetuósísimo; pero tal número de empresas era el que acometia, que su cerebro, combatido por encontradas ideas, le hacia pasar muchas ve-

ces por un hombre voluble, sin que él lo fuera en efecto; pero lo que en Morgan podía notarse era que llamaban mas su atencion, que la absorbían completamente las aventuras peligrosas, los ataques y los combates, y que cuando se ocupaba de una de estas empresas, olvidaba sus amores y sus amistades, y hasta su misma persona: despues del triunfo, despues de pasado el peligro, sufría su corazón una especie de reaccion que le hacía pensar con mas entusiasmo en sus placeres y en sus deseos.

Esta era la razon de por qué abandonaba repentinamente á Doña Marina, en los momentos en que tal vez estaba mas exaltado por su resistencia.

Don Enrique comprendía perfectamente el carácter del almirante, y creyó que aquellos eran los momentos que se debían aprovechar para la fuga de Doña Marina; pero Morgan le eligió para mandar parte de las fuerzas de desembarco, y el jóven se avergonzó de pensar siquiera en la fuga la víspera de un combate.

Parecía que algun demonio familiar protegía los proyectos de Morgan. Maracaibo cayó en poder de los piratas á pesar de la heroica resistencia de los soldados españoles que la guarnecían, y la ciudad fué saqueada por las tropas del almirante, y sus desgraciados habitantes perseguidos por todas partes.

Nada fueron los delitos cometidos en Portobelo por los piratas, comparados con los hechos espantosos de aquellos hombres en Maracaibo y sus alrededores.

Para descubrir los tesoros ocultos por los comerciantes, se usaba de los mas horrorosos tormentos con todos los que habían caído prisioneros.

Un testigo presencial de aquellas escenas espantosas, dice así, hablando de estos sucesos:

“Entre las crueldades que usaron entonces, fué una el darles tratos de cuerda, y al mismo tiempo muchos golpes con palos y otros instrumentos; á otros quemaban con cuerdas caladas encendidas entre los dedos; á otros agarrotaban cuerdas al derredor de la cabeza, hasta que les hacían reventar los ojos; de modo que ejecutaron contra aquellos inocentes toda suerte de inhumanidades, jamás hasta entonces imaginadas.»

Morian multitud de aquellos infelices entre los mas rudos tormentos porque nada tenían que confesar, y otros hacían falsas denuncias, que averiguadas, les costaban también la vida.

La ciudad era un campo de maldición.

Hasta entonces no comprendió verdaderamente Don Enrique lo que eran los piratas; hasta entonces no comprendió la razon del odio que contra ellos manifestaba todo el mundo civilizado.

Don Enrique no los había visto sino al través de las fantásticas relaciones de sus hazañas, y confundiendo su valor con su generosidad, había creído que cuanto malo se decía de ellos era efecto del odio de los gobiernos españoles, que no habían podido acabar con ellos; pero las terribles escenas que presenció en Maracaibo le hicieron conocer que no podía continuar al lado de aquellos hombres.

Formó, pues, la irrevocable resolucion de separarse, pero no sin arrebatarse á Doña Marina, á la que no podía dejar en manos de sus verdugos.

Determinó, pues, esperar una oportunidad.

Los piratas, caminando unas veces por tierra y otras en sus navíos, llevaron el espanto, la desolacion y el pillaje hasta la aldea de Gibraltar.

Nada se resistía ya á su furor y á su arrojo, y en cada

villa exigian el *tributo de quema*, que les producía cantidades fabulosas.

En medio de aquella carrera de triunfo y de pillaje, Morgan recibió la noticia de que una flotilla española esperaba á sus navíos en el lugar llamado la ensenada del Lagon, por donde precisamente tenían que pasar los piratas para salir á la alta mar.

Morgan comprendió el peligro que corrían sus pequeñas embarcaciones en un encuentro con los navíos españoles de alto bordo; pero inspirado por su audacia, en vez de pensar en la fuga, envió á uno de los prisioneros españoles que tenía consigo, demandando al almirante de la flota enemiga *tributo de quema* por la ciudad de Maracaibo.

La historia nos ha conservado la respuesta que se dió á tan audaz petición, y que dice así:

«Don Alonso del Campo y Espinosa, almirante de la flota de España, á Morgan, caudillo de piratas:

«Habiendo entendido por nuestros amigos y circunvecinos, las nuevas de que habeis osado emprender el hacer hostilidades en las tierras, ciudades, villas y lugares pertenecientes á la dominación de S. M. Católica, mi señor: yo he venido aquí, según mi obligación, cerca del castillo que vos habeis tomado del poder de un partido, de cobardes y poltrones, al cual he hecho asestar y poner en orden la artillería, que vos habiades echado por tierra. Mi intención es disputaros la salida del Lagon, y seguiros por todas partes á fin de mostraros mi deber. No obstante, si quereis rendir con humildad todo lo que habeis tomado, los esclavos y otros prisioneros, os dejaré benignamente salir, con tal que os retireis á vuestro país; mas en caso

«que querais oponeros á esta mi proposición, os aseguro que haré venir barcas de Caracas, y en ellas pondré mis tropas, que enviaré á Maracaibo para haceros perecer á todos por los filos de la espada. Veis aquí mi última resolución. Sed prudentes en no abusar de mi bondad con ingratitud. Yo tengo conmigo buenos soldados que no anhelan sino es á tomar venganza de vos y de vuestra gente, y de las crueldades y pícaras acciones que habeis cometido contra la nación española de la América.

«Fecho en mi Real navío *la Magdalena*, que está al ancla en la entrada del Lagon de Maracaibo, en 24 de Abril de 1669 años.

«DON ALONSO DEL CAMPO Y ESPINOSA.»

Morgan recibió esta carta y la leyó á los suyos en el mercado de Maracaibo, consultándoles si convendría más rendir cuanto habían tomado y salir libres, ó emprender un combate tan desigual.

Un inmenso clamor respondió á sus palabras, y los piratas juraron que preferían mil veces morir á ceder nada de lo que habían adquirido.

Restablecida un momento la calma, Juan Darien tomó la palabra y dijo al almirante:

—No veo, señor, tan desesperada nuestra situación para salir venciendo á los navíos españoles.

—Explicaos—contestó Morgan.

—Yo respondo de destruir el mayor de esos buques con solo doce hombres resueltos que me acompañen; ¿los encontraré?

—Sí, sí!—gritaron muchos.

—Pues bien; he aquí mi plan: construiremos un brulo-

te ó navío de fuego, valiéndonos para esto del que tomamos en la ribera de Gibraltar.

—Fácil será hacer el brulote—contestó Morgan;—pero mas fácil aún que sea conocido de los enemigos y no le dejen acercarse.

—En efecto—continuó Juan Darien;—pero ocúrreme para esto una astucia que será sencilla de ponerse en práctica.

—¿Y cuál es?

—La manera de que el brulote no sea conocido por tal de los enemigos, es esta: pondremos de un lado y otro trozos de madera con sombreros y monteras encima para engañar á la vista desde lejos, figurando que son hombres. Lo mismo haremos en las portñolas que sirven á la artillería, que llevarán unos cañones fingidos. El estandarte será de guerra, desplegado al modo de quien convida al combate.

—¡Comprendo! ¡comprendo!—exclamó el almirante;—¡á la obra! ¡á la obra!

Desde aquel momento, Juan Darien se puso en movimiento, y muy pronto estuvo dispuesto el brulote.

Trasladaremos aquí cuanto dice acerca de aquel trabajo un historiador sencillo y testigo ocular de aquel lance:

«Hicieron primeramente guardar y atar bien á todos los prisioneros y esclavos; despues recogieron toda la pez y azufre que se pudo hallar en la villa para aprestar el brulote susodicho, y dispusieron otras invenciones de pólvora y azufre, como hojas de palma bien embarradas en alquitran; dispusieron descubrir las pipas de la artillería: debajo de cada una habia seis cartuchos de pólvora; aserraron la mitad de las obras muertas del navío, á fin de que la pólvora hiciese mejor su operacion; fabricaron nuevas portñolas, donde pusieron en lugar de artillería tamboriles de ne-

gros; en los bordes plantaron piezas de madera que cada una representaba un hombre con sombrero ó montera, bien armado de mosquete, espadas y charpas.»

Preparado así el brulote, dió Morgan la orden para embarcar todo el botin, y de salir al encuentro de los españoles.

Don Enrique creyó que era llegado el caso de aprovechar las circunstancias para salvar á Marina y retirarse él de la compañía de aquellos hombres.

El orden de la marcha de los piratas, arreglado por Morgan, era el siguiente:

Por delante de la armada, el brulote con bandera de guerra desplegada; luego el «Valeroso,» que mandaba Don Enrique; dos grandas barcas adonde iban todas las riquezas del botin, las mujeres y los prisioneros, y luego los demás navíos.

Don Enrique, luego que escuchó aquellos preparativos se lanzó en un bote al navío «Almirante,» y exigió, en nombre de Morgan, que se le entregase á la dama prisionera, porque todas las mujeres debian ir en una misma barca.

Como todos sabian lo que se preparaba y conocian la gran confianza que el almirante depositaba en el jóven, no vacilaron en entregar á Doña Marina.

—¿Adónde me llevais?—preguntó la jóven.

—Silencio, señora—le dijo Don Enrique;—creo que os voy á hacer libre.

Doña Marina siguió á Don Enrique, y en medio de la confusion del embarque, nadie notó que una mujer habia llegado á bordo del «Valeroso» y que se ocultaba en una cámara.

Morgan, terriblemente preocupado, no se dignó, al llegar

á su navío, preguntar por Doña Marina, y los navíos echaron á navegar.

Cerraba ya la noche, cuando las dos escuadras se avisaron.

Los grandes navíos españoles estaban anclados á la entrada del Lagon y á un lado del castillo.

Los piratas anclaron tambien allí, fuera no mas de tiro de cañon.

Durante la noche reinó la mayor agitacion, y Morgan tuvo que dictar tantas órdenes para el combate del siguiente dia, que su imaginacion no se ocupó de la prisionera.

Por fin, un cañonazo anunció la llegada del dia; los piratas levantaron las anclas y embistieron contra las naves españolas, las cuales por su parte hicieron lo mismo.

Bien pronto el brulote cerró contra el navío real llamado «la Magdalena,» que era el que montaba el almirante, y se acostó sobre él.

El almirante español comprendió entonces lo que aquello significaba y quiso salvarse; pero era ya tarde. Juan Darien habia pegado fuego al brulote, y arrojándose al agua con sus compañeros, ganó á nado una de las barcas de los piratas.

El real «Magdalena» se envolvió en un manto de llamas, despues saltó al impulso de la pólvora que contenia la santa-bárbara, y luego se sumergió, no quedando de él mas que algunas tablas humeantes que flotaban sobre las olas.

Los del otro navío, mirando esto, huyeron hácia el castillo; pero perseguidos muy de cerca por los piratas, le echaron á pique y buscaron salvarse ganando á nado la playa.

El tercer navío cayó en poder de los piratas.

La flotilla española habia acabado.

Los piratas se entretenian en saquear el navío prisionero

y en matar ó aprisionar á los españoles que nadaban, y nadie pensaba en otra cosa mas que en el gran triunfo que acababan de adquirir.

Don Enrique conoció que habia llegado el momento, y los piratas vieron con admiracion que el «Valeroso» á toda vela pasaba por la entrada del Lagon y se lanzaba al alta mar.

Morgan comprendió lo que habia pasado, porque en vano buscó á Doña Marina; pero él sabia que el «Valeroso» era el mas velero, y no pensó siquiera en darle caza.